A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***7. Vagando por el desierto***

A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***7. Vagando por el desierto***

*Moisés intentó apaciguar al Señor su Dios, y le suplicó: Señor, ¿por qué ha de encenderse tu ira contra este pueblo tuyo, que sacaste de Egipto con gran poder y con mano poderosa?* Éxodo 32:11 (NVI)

**Introducción**

En el desierto, Moisés dirigía a un pueblo de al menos un millón (algunos estudiosos estiman que la nación de Israel había crecido hasta contar con aproximadamente tres millones de personas). Los estaba guiando a través de la árida Península de Sinaí hacia la fértil Canaán, también llamada la tierra prometida, la cual la Biblia describe como una tierra donde fluye leche y miel. Para Moisés, puede haber parecido una misión imposible.

**Una misión imposible**

¿Qué harías si te encuentras en medio del desierto con un grupo de personas y el que guía el camino se mantiene repitiendo una y otra vez una promesa que asegura les fue dada a sus ancestros hace seiscientos cincuenta años? Cuando le preguntas a dónde van y cuándo llegarán allí, te dice que seas paciente, porque van a acabar en un lugar realmente fantástico.

Al principio deben haber sentido la misma sensación de expectación que todos experimentamos cuando estamos por lanzarnos a un viaje. No te olvides de que ellos habían acampado en el mismo lugar en el desierto durante más de un año y probablemente estaban un poco inquietos, pero esto cambió mientras Moisés se preparaba para llevarlos a una nueva ubicación. A fin de lograr un cierto orden en un grupo tan numeroso, Dios le dio instrucciones de dividirlos en doce tribus, con cada tribu llevando el nombre de uno de los doce hijos de Jacob (quien recordarás había sido rebautizado como Israel) y estando representada visualmente con estandartes gigantes. También le dijo a Moisés que tuviera listas dos trompetas hechas de plata bruñida, las cuales se usarían para dar la señal de que era tiempo de empacar y marchar otra vez. De modo que luego de tanta espera, imagina la excitación que se produjo cuando “*el día veinte del segundo mes del año segundo*” (Números 10:11) la trompeta sonó en los doce campamentos y la nube divina se elevó por encima del tabernáculo para que ellos la siguieran (¡creo que ellos tenían algo mejor que un GPS!).

Finalmente, llegó el momento de partir. Era tiempo de recoger a todos los niños, empacar el tabernáculo y seguir a la nube que al final los llevaría a la tierra exuberante y generosa que Dios les había prometido. Al igual que en el inicio de muchos viajes, todos estaban felices. Apuesto a que Moisés casi no podía contenerse cuando al darse vuelta vio a un millón de personas que lo seguían: «¡Está sucediendo! De veras me están siguiendo. Dios nos está mostrando el camino, así como dijo que haría, con esa enorme nube encima de nosotros. Estamos saliendo de este desierto y pronto podremos dejar que nuestras ovejas pasten en verdes prados y cultivar más vegetales de los que jamás podremos usar. Y lo mejor de todo es que finalmente seremos la gran nación que Dios dijo que seríamos». Ese pensamiento feliz duró solo tres días.

**Cuando Dios no cumple nuestras expectativas**

El contraste no podía haber sido más drástico. En un capítulo, la Biblia pinta un cuadro glorioso de cada tribu dejando su campamento, marchando con orgullo tras su estandarte, y justo en el capítulo siguiente, leemos: *“Un día, el pueblo se quejó de sus penalidades que estaba sufriendo”* (Números 11:1), Por un tiempo muy breve ellos habían sido capaces de entrar en la Historia Principal de un Dios que guarda sus promesas. Como «nación», habían comenzado siendo setenta personas cuando llegaron a Egipto hacía cuatrocientos años atrás, y tal como Dios prometiera, habían crecido en número. Dios les prometió que tendrían su propia tierra y ahora iban camino a ocuparla. Sin embargo, con demasiada rapidez cayeron en la visión estrecha de su Historia Secundaria. *Hace calor. Hay mucho polvo. Estamos cansados. Esto se está tomando más tiempo del que habíamos pensado.*

Fue entonces que Dios envió fuego del cielo y chamuscó los límites de sus campamentos. Nadie salió lastimado, pero fue una clara señal de que Dios quería que su nación se portara bien. Él sabía que podrían disfrutar mucho más del camino si solo confiaban en él. El fuego llamó su atención, pero no por mucho tiempo. Cuando los israelitas huían de los egipcios, se quejaron a Moisés porque no tenían comida. Dios respondió milagrosamente proveyendo una especie de pan llamado maná. Cada día aparecía la cantidad suficiente de maná para alimentar a toda la población de la nación especial de Dios, proveyendo una doble porción el sexto día de la semana para que la gente no tuviera que trabajar en el día de reposo recogiendo la comida. No obstante, al poco tiempo de iniciar su viaje hacia la tierra prometida, empezaron a quejarse de la falta de variedad en su menú. No solo se encapricharon con la comida, también comenzaron a extrañar los «viejos tiempos» en que eran esclavos en Egipto: *“¡Cómo echamos de menos el pescado que comíamos gratis en Egipto! ¡También comíamos pepinos y melones, y puerros, cebollas y ajos! Pero ahora, tenemos reseca la garganta; ¡y no vemos nada que no sea este maná!”* (Números 11:5-6). Probablemente has oído la expresión: “No puedes estar en misa y repicando” en referencia a alguien que es caprichoso, una persona que tiene todo lo que necesita y aun así todavía quiere más. Esto describe bien a los israelitas. La Biblia nos dice que ellos querían carne, pero está claro que lo que deseaban era tener el *control*. Ellos no querían tener que confiar en Dios para algo tan básico como su menú diario. ¡Deseaban el control de tal forma que comenzaron a lamentarse añorando los “viejos tiempos” en que eran esclavos en Egipto! Cuando Dios oyó a su pueblo quejándose del maná y pidiendo carne, Él se la dio. Toneladas de ella. Uno intuye que estás en problemas cuando Dios afirma que va a darte tanta carne que comerás hasta que te salga por las narices y te provoque náuseas. Sin embargo, él dice exactamente esto porque quiere mostrarles a sus hijos ingratos lo que puede suceder cuando insisten en hacer las cosas a su manera en vez de hacerlas a la manera de Dios.

Tal vez pienses que luego de la tormenta de fuego y unas cuantas noches de indigestión por haber comido mucha carne los israelitas debían haber captado el mensaje: *Dios hace lo que dice que hará, así que podemos relajarnos y gozar de su presencia.* Cuando eran esclavos en Egipto, trabajaban de sol a sombra, los golpeaban si no se esforzaban lo suficiente, y lo peor de todo, se sentían completamente abandonados por Dios. Por consiguiente, Él no solo los rescató de su miseria, sino que hizo que pudieran conocer su presencia de una manera tangible. La nube suspendida sobre el tabernáculo era como una pizarra gigante que decía: «Estoy aquí con ustedes y lo único que necesitan hacer es seguirme y todo estará bien».

Dios está edificando una nación especial, diferente de todas las demás naciones. Una digna de su presencia. La gente de las otras naciones se quejaba. La gente de las otras naciones nunca estaba satisfecha a pesar de todo lo bueno que tenían. La gente de las otras naciones se ponía celosa. La nación de Dios tenía que ser diferente, ya que les mostraría el carácter de Dios a todas las demás, atrayéndolas al único Dios verdadero. Una nación así solo podía prosperar si la gente ponía su absoluta confianza en Dios, aun cuando las cosas no tuvieran sentido para ellos. Vagar en el desierto con nada más que maná como comida no era la idea de ser “una nación escogida” para los israelitas. Sus expectativas de la Historia Secundaria se interponían en el camino del desarrollo de la Historia Principal.

**Conclusión**

¿Te sientes identificado? Tal vez en tu caso sea la falta de trabajo, un matrimonio complicado, una enfermedad dolorosa, una deuda estresante. Los israelitas seguían olvidándose de que Dios siempre cumple sus promesas. La tierra de leche y miel sería suya, y aunque el viaje podría ser largo y dificultoso, él estaba allí con ellos a lo largo del camino. Así como también está aquí junto a nosotros en medio de nuestros peregrinajes a veces difíciles.

*“Hoy pongo al cielo y a la tierra por testigos contra ti, de que te he dado a elegir entre la vida y la muerte, entre la bendición y la maldición. Elige, pues, la vida, para que vivan tú y tus descendientes. Ama al Señor tu Dios, obedécelo y sé fiel a él, porque de él depende tu vida, y por él vivirás mucho tiempo en el territorio que juró dar a juró dar a tus antepasados Abraham, Isaac y Jacob”* (Deuteronomio 30:21) *.*

Dios quiere guiarnos a cada paso del camino con su GPS. Dios ve el cuadro completo desde su perspectiva de la Historia Principal y desea lo mejor para nosotros. Quiere que lleguemos a nuestro destino. Que disfrutemos el viaje. Sin embargo, también anhela que confiemos en Él. Cuando dice: «A la izquierda», debemos ir a la izquierda. Cuando indica: «A la derecha», tenemos que ir a la derecha. Cuando señala: «Detente», debemos hacer un alto en el camino. Cuando nos insta: «Ve más rápido», precisamos poner el pie en el acelerador a fondo. Cuando nos implora: «Atraviesa el obstáculo, no importa lo grande y horrible que se vea», tenemos que arremeter con fe. Dios tiene un lugar de bendición al cual quiere llevarnos. En ese lugar, al vivir nuestras vidas para él, también seremos de bendición para los que nos rodean, ya que los servimos y les permitimos compartir las bendiciones de Dios que disfrutamos. Cuando otros ven a Dios obrando en nuestra vida, ellos quieren seguirlo también. Esta será la mayor bendición de todas. No obstante, para llegar a ese lugar debemos confiar en él. Entonces, ¿ya llegamos? No, todavía no. Pero siéntate atrás y disfruta el paseo. Nuestro Padre celestial sabe exactamente lo que está haciendo, y él mantendrá su promesa de estar con nosotros siempre.